



Tagliaferro: La petite brésilienne.

Música

Una reina en Buenos Aires

"Yo había ingresado al Conservatorio de París a los 13 años, y llegué a ganar allí el primer premio de piano. Después de una clase, el director me hizo llamar y pensó: *Me amonestarán por alguna travesura*, porque yo era terrible, y lo sigo siendo, aunque de otra manera." Magda Tagliaferro —cabellera anaranjada, tailleur verde escalofriante, dos hileras de enormes perlas al cuello —hace una pausa dramática, sonríe y prosigue: "Pero no, el director me pidió que tocara el piano y después me ofreció hacer con él, una cantante y un violinista, una gira de conciertos por toda Europa". Y nunca más se sabe si la gira se hizo o no, porque cuando ella revela que el director del Conservatorio era Gabriel Fauré, sólo queda lugar para la sensación de que esta mujer menuda y vivaz, de edad imprecisable (más de 70, afirman los entendidos), es algo así como un monumento de la cultura moderna.

Pianista française d'origine brésilienne, née a Petropolis —como advierte una enciclopedia francesa de la música—, Magda reapareció hace pocos días en el Coliseo, de Buenos Aires, tras 20 años de ausencia, y volvió a deslumbrar con la magnificencia de su juego, en la erizada *Fantasia húngara*, de Liszt.

La Tagliaferro se expresa en un castellano madrileño, poblado de zetas y fraseos graciosos: "He sido muy amiga del célebre trío formado por el pianista Alfred Cortot, el violinista Jacques Thibaud y el violoncelista Pablo Casals. Con ellos jugué mucho al tenis, que nos apasionaba. Para evitar el endurecimiento de los brazos, me calzaba muñequeras de cuero". Como si haber jugado al tenis con Casals fuera poco, Magda revela su larga amistad con Maurice Ravel: "Era tímido, muy reservado y distraído, de pocas palabras. Vivía perdiendo los trenes, los aviones, los pasaportes. Re-

cuerdo especialmente su ternura, y la última vez que lo vi. Habíamos comido con unos amigos y nos dispusimos a firmar el menú, como *souvenir*. Maurice comenzó a trazar su nombre, y no pudo seguir: ya estaba en marcha el tumor cerebral que iba a aniquilarlo. Creo que esa fue la noche más triste de mi vida".

Un dedo juguetea, inocentemente, con la roseta de la Legión de Honor, en la solapa del *tailleur* (desde hace 15 años, es Comendadora de esa Orden). "Yo soy como una ensalada rusa —explica—: mi abuelo paterno era italiano, de ahí el Tagliaferro. Mis otros abuelos eran alsacianos, por eso tengo algo de alemana; aunque entre los cinco idiomas que poseo no figura el alemán, y es lástima, porque me sería útil para los cursos de interpretación que desde hace diez años ofrezco en la Academia Estival del Mozarteum, en Salzburgo. Y yo nací en el Brasil." En el Brasil reside su marido, un poderoso industrial de San Pablo, y allí vuelve ella anualmente, y a Río de Janeiro, para formar pianistas. Sin contar que, desde 1937, es profesora del Conservatorio de París, y ha creado el concurso internacional que lleva su nombre.

Entre tantas glorias, recuerda una que la conmueve especialmente. Sergio Prokofieff acababa de estrenar en París su *Tercer concierto para piano*, y le habían llegado noticias de la *petite brésilienne* ("así me llaman desde mis tiempos del Conservatorio"), a quien le ofreció ser la ejecutante de su obra al cabo de los dos años en que el compositor pasearía personalmente su partitura por Europa y los Estados Unidos. Ella aceptó, pensando que en ese lapso podría estudiarla a fondo; pero la arrastró una oleada de giras internacionales, y en cierto modo se olvidó del ofrecimiento del compositor ruso.

Hasta que, en 1953, le enviaron una carta de París, solicitándole un concierto con orquesta, con obra a su elección. Esto era en julio, y faltaban cuatro meses para el compromiso. Y en medio de esa devanadera de viajes, transitando por todo su vasto repertorio y, además, por aeropuertos, aduanas y valijas, la Tagliaferro estudió el *Tercer concierto*, lo tocó en París y triunfó arrasadoramente. Pero aquí no paran las andanzas: en 1963 fue jurado del Concurso Internacional Tchaikowsky, en Moscú, y un hombrecito desconocido la sustrajo sigilosamente de una salita contigua al escenario, la condujo a través de laberínticos corredores ("yo no pensaba sino en cosas terribles") y la depositó en un salón donde, frente a jarras de vino, botellas de champagne de Crimea, sandwiches, bombones, cerezas y manzanas, la esperaban Krushev, Mikoyan (el único que hablaba francés) y Brezhnev, para brindar con ella por el éxito del certamen.

"La Rubinstein con faldas", como la llaman en París, cobra de 20 a 30 dólares por hora de enseñanza. En Buenos Aires acaba de inaugurar, la semana última, un cursillo de cuatro clases magistrales en las que criticará las ejecuciones de los inscriptos, y se las hará repetir después. Una manera —como dijo alguien— de aprender la música desde las fuentes. ♦

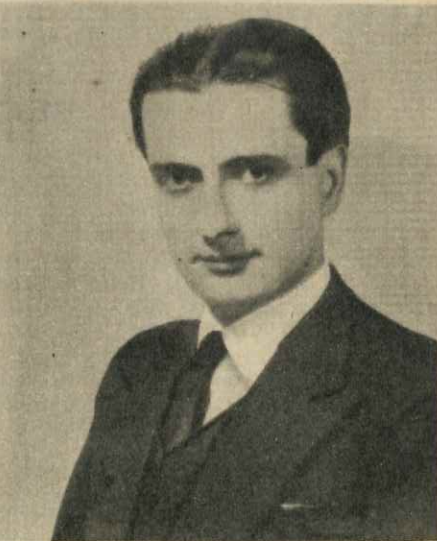
Discos

La espléndida agonía

El arte de Dinu Lipatti, volumen III — Los camiones del sello Pathé Marconi acababan de grabar todos los conciertos del Festival de Burdeos de 1950, y se aprestaban a volver a París cuando recibieron la imperiosa orden de trasladarse a Ginebra. Allí agonizaba uno de los mayores —y más jóvenes— pianistas del mundo, el rumano Dinu Lipatti, carcomido por la leucemia a los 33 años. Su médico era amigo del presidente de Pathé, y lanzó la alarma: era necesario rescatar el tesoro de música que Lipatti poseía en sus dedos y, adelantándose a la muerte, dejarlo registrado para siempre.

Comenzó entonces una de las aventuras más desgarradoramente patéticas que encierra la historia del arte. Mientras la cortisona (costaba 18 libras esterlinas diarias, provistas por amigos del enfermo, como Yehudi Menuhin y Charles Münch) prolongaba la vida de Lipatti y le permitía inclinarse una vez más —¿pero cuál sería la última?— sobre el teclado del Steinway especialmente encargado a Hamburgo, los micrófonos recogían esa herencia invaluable que iba desgranándose en los estudios de Radio Ginebra, cuyos programas fueron por completo rediagramados para permitir la grabación. ¿Hubo crueldad, como pretendieron algunos, en este esfuerzo de un moribundo? No, en la medida en que él mismo tenía conciencia de su inminente final y colaboraba con entusiasmo en la empresa.

Así, durante nueve días, a razón de tres a siete horas por jornada, Lipatti entregó sus últimos alientos a los 14 vales de Chopin —entre otras composiciones—, que reaparecen ahora en la discografía local. Si los medios técnicos utilizados hace 17 años para ejecutar esta hazaña no acusan las perfecciones actuales, el arte impecable del pianista se sobrepone a ese escollo, y logra que la conmovedora anécdota de la grabación sea olvidable frente al despliegue de virtuosismo y estricta poesía que brota de los surcos (CBS 4456 *Monoaural*). ♦



Dinu Lipatti: De 3 a 7 horas.

Birgit Nilsson

Cuando estuvo en Buenos Aires por cuarta vez, en 1965, la soprano sueca Birgit Nilsson declaró a Primera Plana (número 148) que le resulta indistinto cantar ópera o abordar el género de cámara: "Esos cambios de técnica —sostuvo entonces— son excelentes para la voz; y, además, el canto de cámara, al exigir una restricción de los medios, enseña lo que no se aprende en la ópera; entre ambos puede hacerse la misma comparación que entre un relojero y un constructor de edificios". El pasado domingo 24 de setiembre, en el Colón, la Nilsson se dedicó, quizá por innata preferencia, a erigir prodigiosos edificios vocales: el resultado de su recital con orquesta (que clausuró el ciclo 1967 del Mozarteum Argentino e inauguró su quinta visita) fue, así, una resplandeciente ciudad con cúpulas de oro.

En opinión del público que desbordaba la sala, la cúspide más alta fue alcanzada por la diva con el aria *In questa reggia*, de *Turandot*, de Puccini: las ovaciones (no menos de veinte minutos, que hicieron temer por la estabilidad de las molduras barrocas) obligaron a repetirla. Pero si la técnica de la Nilsson es impecable en la ópera italiana (y en cualquier clase de ópera), el pináculo de su estilo se encuentra en Wagner: su *Muerte de Isolda*, aunque no llega a esfumar del todo la memoria de la suprema Kirsten Flagstad, no tiene igual en este momento, y escasos parangones en el siglo XX. Dentro de pocas semanas circulará por Buenos Aires la flamante grabación hecha por Birgit de *Tristán e Isolda*, dirigida por Karl Boehm, con el tenor Wolfgang Windgassen



que es, precisamente, el Sigfrido que la acompaña en la Tetralogía puesta por el teatro Colón durante esta temporada.

El programa del recital incluía, además, dos arias de Verdi —*La luce langue*, de *Macbeth*, y *Pace, pace, mio Dio*, de *La forza del destino*— y el *Ah, perfido!*, de Beethoven (el punto menos sólido de la velada, donde los perfeccionistas

podieron discernir una casi imperceptible falla de emisión, al comienzo). Entre un *round* lírico y otro, la orquesta intercaló esforzadamente el preludio de *Tristán*, y dos momentos de las *Antiche danze ed arie*, de Ottorino Respighi. Pero el público apenas si tuvo oído para los intermedios. Lo que le importó —lógicamente— fue la voz única; y la recibió, en abundancia. Hasta podría decirse que en exceso.

Porque, sin objetar la absoluta perfección del canto, es harto discutible la inclusión de tantas arias de ópera italiana en un recital; sobre todo, si el propio Wagner ofrece la posibilidad de sus *Cinco poemas de Matilde de Wesendonck*, y Richard Strauss sus *Cuatro últimas canciones*. Tan sólo un gusto personal justifica, entonces, esa abundancia de confituras itálicas. Y, por muy respetable que sea tal predilección, no es prueba de refinamiento elegir, para un concierto individual en un escenario consagrado a la ópera, una abrumadora mayoría de piezas de ese género. Nada de esto disminuye el asombro mezclado de éxtasis que sacudió al Colón, el viernes pasado, cuando Brunilda cabalgó de nuevo sobre los resoplidos wagnerianos, impulsada por una ráfaga celeste: la voz de Birgit Nilsson. ♦

RECORDS

CLASICOS

- *Sinfonía N° 5*, de Tchaikovsky, por la Orquesta Sinfónica de Viena dirigida por Lorin Maazel (London).
- *Concierto para violín, en Re mayor*, de Brahms, por Henryk Szeryng y la Sinfónica de Londres dirigida por Antal Dorati (Philips).
- *Segunda serie de "Platero y yo"*, de M. Castelnuovo-Tedesco, y *Sonata romántica*, de Manuel Ponce, por Andrés Segovia (Decca).

JAZZ

- *Chapoteando en el agua*, por Ramsey Lewis (DM).

- *Bud Powell en París* (Music-Hall).
- *Dinah Washington canta los "Blues"* (Prodisa).

MISCELANEA

- *Jacques Dutronc* (Vogue).
- *From Cuba le frisson*, por Eduardo Davinson (United Artists).
- *Todo mi amor*, por Vincent Morocco y su orquesta (Polydor).

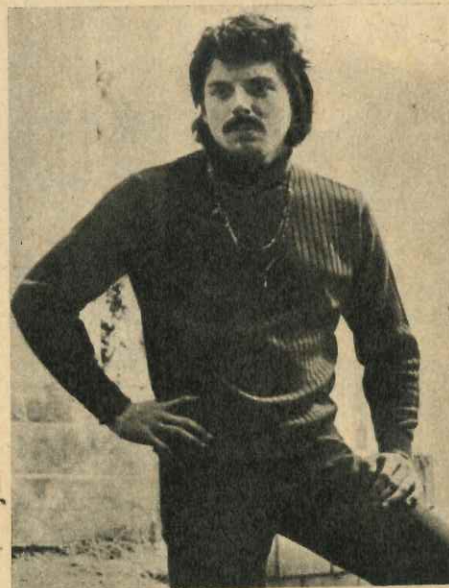
—Casas consultadas: *Broadway*, Centro Cultural del Disco, Club Internacional del Disco, Ricordi, Romero & Fernández y Selecciones Danny. ♦

Juegos florales

Scott McKenzie — Es el pope del nuevo cosquilleo que electriza a la gente joven, a partir de un corto circuito producido en USA y que se llama *Flower Power*: algo así como el "Poder floral" (por similitud —teórica— con el *Black Power*, o "Poder negro"), una doctrina que proclama el altruismo, la alegría y la mística de la no violencia. Sus adeptos son denominados —algo despectivamente— *hippies*; y Scott McKenzie vendría a ser el monarca melódico de esta tierna Corte de los Milagros. Porque los *hippies* no se lavan, no se peinan, sus preocupaciones indumentarias se refieren sobre todo a los collares de flores y de cuentas con que se adornan, y han encontrado el medio de comer (apenas) sin trabajar, lo que no deja de ser una hazaña.

Con sus adormecidos ojos castaños, sus bigotazos y el pelo largo, que se le enrosca en la nuca, Scott impone un estilo que, en comparación con el de Los Beatles, vendría a ser como el ronroneo de un gato doméstico junto al estrépito de una batería de cocina que se derrumba. Este disco, que acaba de aparecer en Buenos Aires, está ocupando el cuarto lugar en el *ranking* de ventas en los Estados Unidos, y el primero en Gran Bretaña y Australia. Su protagonista (especializado en sweaters de cuello alto, collares y cadenas, y zapatones medievales) justifica en todo momento, con sus cadenciosas tonadas, el título de *Daddy* (Papito) Scott que le han conferido los *hippies* de todo el mundo.

Dentro de un mes, McKenzie llegará a Londres y será saludado como un prócer. Por ahora, se refocila bajo el *smog* de esa ciudad improbable que es Los Angeles, y atraviesa con calculada indiferencia el mar de la popularidad. Si esta grabación *anda* en la Argentina, no sería difícil que Scott aterrizara por aquí; y si su presencia es tan magnética como su voz, muy pronto brotarán los capullos locales del *Flower Power* (CBS 21776. Monoaural) ♦



Daddy Scott: La ronda del amor.